Años 20 en Tlaxcala:

La consolidación de un cacicazgo

Raymond Th. J. Buve *

*** Universidad de Leiden, Holanda.**

Incluido previamente en Thomas Benjamin y Mark Wasserman (eds.) *Provinces of the Revolution. Essays on Regional Mexican History (1910-1929)*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990. Traducido del inglés por Isabel Cristina Mata Velázquez.

Este capítulo analiza el surgimiento y consolidación de un grupo regional dominante durante la década de 1920. De origen sobre todo civil, los miembros de este grupo lograron desplazar a los antiguos jefes militares revolucionarios y, asimismo, desmantelaron la base popular original de los jefes revolucionarios: un campesinado sumamente militante, al que se le habían conferido tierras y autonomía durante la Revolución armada.

La primera sección resumirá las investigaciones anteriores sobre el origen y desarrollo del liderazgo revolucionario tlaxcalteca, su incorporación final a las filas constitucionalistas y el ocaso del movimiento autónomo.[1] Durante estos años de crisis para el movimiento revolucionario local, surgió un nuevo liderazgo civil que llegó al poder con los *sonorenses*, en 1920. Contra muchas desventajas, entre ellas un campesinado altamente militante, logró entre 1920 y 1925 consolidar su posición en un cacicazgo que, a primera vista, no parece diferente a otros cacicazgos postrevolucionarios de la década. ¿Cómo se las arreglaron para hacerlo, y cuál era su relación con los sonorenses? Estas cuestiones serán abordadas en secciones posteriores.

La característica más distintiva de la política local de poder en la década de 1920 era la alta incidencia de conflicto y violencia, debidos en gran parte a las condiciones políticas y sociales creadas por la revolu-

ción y el intento de los sonorenses de controlarlas o remediarlas. La Revolución armada (1910-1917) y el lento proceso de consolidación del régimen revolucionario concedieron no sólo amplio espacio a un mosaico de movimientos con fuertes diferencias entre sí en términos de raíces, objetivos y resultados, sino que también promovieron la evolución de cacicazgos regionales entre las jefaturas revolucionarias de los estados. Cuando Obregón llegó al poder, él y su sucesor Calles enfrentaron una miríada de luchas entre contendientes regionales que intentaban forjar o mantener sus cacicazgos, participando en erráticas alianzas con grupos políticos rivales a nivel federal. Dada su falta de control sobre el ejército, el Congreso y los estados, Obregón y Calles se percataron de la necesidad de mantener un equilibrio y poner con todo cuidado un contendiente en contra de otro, en tanto el gobierno federal fuera incapaz de imponer su voluntad sobre todos ellos. Este equilibrio se vio con frecuencia amenazado por cuestiones tan perturbadoras como la sucesión presidencial, el conflicto iglesia-estado y las relaciones con los Estados Unidos.[2]

Bajo estas circunstancias, los intentos por obtener el control sobre los gobiernos estatales e impedir que los rivales lo hicieran requirió cuidadosos cálculos y prudentes maniobras por parte de los sonorenses. Incluso bajo el gobierno del presidente Calles, el desalojo de un poderoso gobernador-cacique (Jalisco, 1925-1926), o el intento por crear orden imponiendo un gobernador de confianza en un estado desgarrado por conflictos locales (Puebla, 1924-1927), a veces tomaba años. El presidente, los miembros de su gabinete, los grupos políticos rivales en el Congreso, los dirigentes obreros y campesinos así como los jefes militares, tendían a manipular conflictos de nivel estatal con el ojo puesto en las cuestiones nacionales. Al

mismo tiempo, los líderes políticos locales los grupos dominantes y sus enemigos no dudaban en aprovechar oportunidades ofrecidas por la movilización política provocada por una candente cuestión nacional para hacerse de cuanto apoyo pudieran conseguir a nivel federal o en los estados adyacentes. En suma, el conflicto local presentaba ramificaciones inmediatas en los otros niveles, y viceversa. Obregón y Calles hicieron amplio uso de él para ganar control a nivel estatal.[3]

Dada la firme intención de los sonorenses de consolidar su dominio sobre los estados, los gobernadores que aspiraban al establecimiento de un cacicazgo a menudo se rebelaban contra los intentos por socavar su base local de poder, y por volverlos cada vez más dependientes del reconocimiento y legitimación federales. Incluso quienes permanecieron fieles trataban de mantener la autonomía, a riesgo de albergar ambiciones incongruentes con el creciente poder del gobierno federal. Desde la perspectiva de los sonorenses, pudo haber sido mucho más atractivo promover líderes ambiciosos con una débil base de poder local y una fuerte dependencia del respaldo federal. Ello podía resultar más seguro y útil no sólo para el control de los estados o bien como apoyo en la lucha del gobierno federal para controlar los estados adyacentes, sino también (en especial en el caso de Calles) como medio de represión sobre la clase obrera y las disputas por la tenencia de la tierra, que amenazaban sus cada vez más restrictivos puntos de vista en cuanto a reforma social.[4]

El caso de Tlaxcala en la década de 1920 parece ser un buen ejemplo. Aquí, el surgimiento de un grupo dominante posibilitó el establecimiento de un cacicazgo dependiente con fuerte respaldo federal, frente a un campesinado militante y a la crisis política que vivía el vecino estado de Puebla.

LIDERAZGO REVOLUCIONARIO Y FORMACION DE UN CAMPESINADO MILITANTE

Al finalizar el Porfiriato el estado de Tlaxcala guardaba, dentro de sus límites, dos tipos distintos de estructura agraria. En el norte, vastas fincas cubrían los distritos electorales de Ocampo, Morelos y Juárez, dos tercios del territorio del estado y cerca de un tercio de su población. La agricultura comercial estaba basada en el cultivo de trigo, cebada y maíz, la cría de ganado, la producción de pulque, y la explotación de bosques madereros, leña y carbón vegetal. La mayoría de las haciendas dependía de mano de mano de obra residente y, en menor grado, de trabajadores permanentes o estacionales de los pueblos vecinos, a menudo casi desprovistos de tierras.

El liderazgo revolucionario, sin embargo, provenía del centro y sur de Tlaxcala, donde prevalecía un tipo distinto de estructura agraria. Esta región se convirtió en la base principal del Movimiento Revolucionario de Tlaxcala (MRT)[5] y la patria chica de la mayoría de sus líderes. Para 1910, la creciente demanda de tierra y mano de obra había reducido seriamente los

recursos naturales de las comunidades indígenas, transformando su población de agricultores de subsistencia a fuerza laboral geográfica y ocupacional móvil. Los campesinos establecidos en pueblos del centro y sur de Tlaxcala estaban integrados en gran medida como pequeños productores, artesanos y obreros en el vasto complejo comercial, agrícola e industrial que tenía su centro en la ciudad de Puebla y se extendía a lo largo de las vías del ferrocarril a Apizaco, Texmelucan y Atlixco. Las familias campesinas combinaban la agricultura de subsistencia, en diminutas parcelas, con industrias caseras, el trabajo semanal o temporal en las haciendas, y traslados diarios o semanales a las fábricas. Se convirtieron en trabajadores industriales urbanos «cuyas raíces estaban en las tierras y pueblos rurales». La agricultura comercial en propiedades de mediana extensión, a menudo irrigadas, así como las actividades industriales en los pueblos pequeños a lo largo de las vías férreas, estaban en su mayoría controladas por la oligarquía poblana, algunos de cuyos integrantes descendían de españoles. La enajenación de tierras y aguas, los altos impuestos a los pequeños agricultores, la reducción de los salarios a destajo, los despidos, la tienda de raya o el pago en especie, y la represión policíaca, contribuyeron a generar una vigorosa tradición de protesta. La resistencia campesina estaba fuertemente influida por valores y metas de los obreros que se movían a lo largo del eje Veracruz-Ciudad de México.[6]

Dentro de este marco de agitación y protesta se originó el liderazgo revolucionario en el centro y sur de Tlaxcala y los distritos adyacentes de Puebla. Muchos de los dirigentes tlaxcaltecos, como Máximo Rojas y Anastasio Meneses, eran pequeños propietarios, obreros textiles y vendedores ambulantes. Domingo y Cirilo Arenas pastoreaban un rebaño familiar y, al

igual que Antonio y Octavio Hidalgo, trabajaban en una fábrica. No pocos de ellos fueron receptivos al movimiento maderista de Aquiles Serdán en Puebla, de sesgos radicales e influido por el PLM. Su fuerte respuesta ante las candentes cuestiones de la tierra y la mano de obra hizo que el movimiento echara raíces entre obreros y campesinos, maestros y estudiantes.[7] Mientras que los maderistas radicales en Puebla no ganaron influencia ni poder tras la caída de Díaz, los de Tlaxcala lograron construir un partido político de fuerte base, y llegaron al poder con un programa de gobierno que reflejaba las demandas y el apoyo de los radicales de Puebla. Dicho programa solicitaba "el regreso de las tierras robadas a las comunidades, la abolición del impuesto a los pequeños propietarios, la fundación de colonias agrícolas para campesinos sin terrenos, mejores condiciones laborales para los obreros, y el castigo a los oficiales porfiristas culpables de represión y asesinato".[8]

La elección del trabajador-campesino Antonio Hidalgo como gobernador desencadenó un proceso bastante peculiar de movilización y polarización política. Tras apenas un año de lucha, las conmocionadas élites tlaxcaltecas pudieron abatir el gobierno de Hidalgo. Con el principio de la contrarrevolución, en 1913, comenzó la represión, y los radicales maderistas sobrevivientes buscaron donde ocultarse o recurrieron a la guerra de guerrillas. Sin embargo, a diferencia del cercano movimiento zapatista, los revolucionarios tlaxcaltecas, como sus amigos de Puebla, carecían de unánime liderazgo y nunca lograron obtener la suficiente autonomía política para realizar sus metas principales. Sólo tras largas deliberaciones se aceptó a Máximo Rojas, un veterano de la revolución maderista, como comandante de las fuerzas revolucionarias.

Como era de esperarse, luego de la caída de Huerta, en 1914, las reducidas y escasamente unidas fuerzas revolucionarias tlaxcaltecas fueron incorporadas sin dilación a los ejércitos constitucionalistas. Rojas fue designado gobernador provisional y comandante militar, y se le ascendió a general, pero ninguno de sus compañeros oficiales obtuvo el deseado rango de general.[9]

Las ambiciones personales, el celo por la autonomía, y la revancha social contra terratenientes y huertistas locales terminaron por provocar un grave cisma entre los revolucionarios tlaxcaltecas. El 12 de noviembre de 1914, Domingo Arenas, uno de los oficiales de alto rango de Rojas, se adhirió a Zapata, llevándose a la mayoría de los hombres y oficiales. Era evidente que Arenas contaba con el apoyo de muchos líderes aldeanos, trabajadores y campesinos del centro y suroeste de Tlaxcala. Rojas permaneció con Carranza, pero sólo conservó la lealtad de unos cuantos oficiales (la mayoría coterráneos suyos y funcionarios de su propio gobierno) y el liderazgo del recién fundado Partido Constitucionalista, sucesor del extinto Partido Maderista. Serían los principales funcionarios del gobierno Constitucionalista tlaxcalteca a partir de 1914. De hecho, el pequeño grupo de Rojas de principios de 1915 fue la cuna de la *familia revolucionaria*, que adquiriría y mantendría el poder durante los años veinte.

En el transcurso de un año, sin embargo, los triunfos militares constitucionalistas pusieron en serio peligro el ideal agrarista de Arenas: la restitución directa de tierras a las comunidades y la fundación de colonias agrícolas para los trabajadores de las haciendas. En diciembre de 1916, Arenas y sus tropas volvieron a unirse a Carranza. Su nueva posición como comandante militar de la cuenca del Alto Atoyac en

Puebla y Tlaxcala le dio, por el momento, la autonomía de facto que necesitaba para realizar sus ideales bajo la protección de sus propias tropas. Un análisis detallado de los intereses que supusieron la unificación de Arenas con Carranza, el liderazgo arenista y la reforma agraria puede hallarse en otra parte y no será discutido aquí.[10] Lo que sí nos concierne es el impacto que asumió el regreso de Arenas al campo carrancista sobre la política revolucionaria tlaxcalteca.[11]

La posición de Rojas distaba mucho de ser fuerte hacia finales de 1916. Sólo guardaba la posición de jefe militar local. Recelaban de él el gobernador estatal, designado por Carranza, y las autoridades constitucionalistas superiores. Fue electo diputado por Tlaxcala para la Convención Constituyente de Querétaro, pero ésta se negó a reconocerlo. No obstante, el grupo de Rojas mostraba claras intenciones de convertirse en el grupo dominante en Tlaxcala, y trató de imponer su voluntad política y sus candidatos a puestos locales. Desde esta perspectiva, parece haberse opuesto tenazmente a los intentos de devolver a Arenas al constitucionalismo. El hecho de que el comandante Rojas quedara completamente fuera de las negociaciones con Arenas, ilustra a la perfección su más bien débil y marginal posición.

Para la primavera de 1917, Arenas era el símbolo del agrarismo para los campesinos tlaxcaltecas hambrientos de tierras, y dominaba por completo el sur y occidente del estado. Su profundo anhelo de autonomía y la magnitud del reparto de tierras le habrían sin duda acarreado una confrontación con Carranza, de no haber sido asesinado en agosto de 1917. Carranza vio de inmediato la oportunidad de consolidar el poder constitucionalista en Tlaxcala, precondición necesaria para las elecciones ordenadas por la Constitución de gobernador y diputados estatales. Las tropas de Arenas fueron transferidas, no sin dificultad, a otros estados, y se comisionó a un gobernador no originario de Tlaxcala, el general Luis M. Hernández, para que estableciera la autoridad constitucionalista en territorio arenista y devolviera las haciendas a sus propietarios.

Las comunidades tenían derecho a solicitar tierras al gobernador, pero debían reanudar la producción en las haciendas conforme a contratos laborales o de aparcería justos, mientras esperaban la decisión final del presidente sobre sus peticiones. El gobernador Hernández y la Comisión Local Agraria (CLA) aceleraron al máximo los procedimientos, sin duda con la mira puesta en la lealtad política de los campesinos, pero la Comisión Nacional Agraria (CNA) y el presidente Carranza hicieron caso omiso de sus intenciones. En consecuencia, el legado arenista docenas de comunidades y colonias agrícolas que se resistían a devolver las tierras de "sus" haciendas a los propietarios siguió siendo durante años tema candente de discusión en la política electoral tlaxcalteca. La reticencia de Carranza en cuanto al reparto de tierras fue un severo obstáculo para que Rojas y su Partido Liberal Constitucional (PLCT) ganaran el voto campesino. Por otra parte, el estancamiento en la distribución de tierras fortaleció la base política del liderazgo arenista. A las pocas semanas de la muerte de Arenas, un grupo de dirigentes arenistas (en su mayoría civiles) aprovecharon la posibilidad de conseguir un sólido apoyo electoral entre un campesinado que se sentía amenazado. El Partido Liberal Arenista lanzó como candidato a gobernador a uno de los funcionarios más respetados de Arenas, Anastasio Meneses. Los pueblos arenistas se adhirieron a su líder. Las elecciones tuvieron que ser amañadas para darle a Rojas, al menos, la mayoría en la legislatura de su estado.